



el secreto mensaje del ángel

Isaac Felipe Azofeifa
Premio "Magón" 1980

No se trata ahora mismo de decir cuál es el mensaje que la Compañía del Teatro del Ángel nos deja al anunciar su permanencia en Costa Rica. Ya habrá tiempo de hablar de esto. Nuestro propósito va con otro ángel: el ángel costarricense de Alberto Cañas. El que se aparece en el *Chicos Bar* para negociar con *Uvieta* la libertad incondicional de la muerte. Yo sé que a Alberto no le gusta que la gente busque el "mensaje" de la obra literaria. Es que se ha abusado de este recurso, entre los círculos jóvenes principalmente. Culpa quizá también del planteo teórico de la lingüística contemporánea que ha dado origen a la nueva ciencia de la semiótica o semiología o ciencia del signo. Acaba de morir precisamente uno de los autores que mayor culpa tiene en todo esto: Mac Luhan. Abrase un texto actual de enseñanza de la lengua (se dice *comunicación*) y se encuentra el lector con los términos nuevos: emisor, receptor, mensaje, código, y hasta "interferencia" en lugar de error, equivocación, o, como diría el ángel de *Uvieta*, "metida de pata".

En lugar de *contenido*, *tema* u otros semejantes, yo prefiero ahora hablar del secreto mensaje del ángel en esta corta referencia a *Uvieta*, porque precisamente la palabra *ángel* significa "el mensajero, el que anuncia algo". El ángel de esta obra maestra de Cañas es el mensajero de la muerte. Pero su mensaje secreto —que ni *Uvieta* le revela a su amigo Chico—, es precisamente el de que la muerte es parte de la vida. Y con esto la obra nos hace descender al fondo estremecedor de la existencia del hombre. Y esto queda dicho con una profunda sencillez, y quizá por esto es que hemos llenado noche a noche la sala, y por otras cosas más que la obra nos dice, por medio de ese ángel un poco estafalario que es lo más tico que se ha visto. Tico hasta en eso de sacar de una bolsa de manigueta sus alas de ángel de procesión pueblerina. Sólo que su edad indefinible y su atuendo de solterona de pocos recursos ya nos pone en guardia: no es otro que el ángel de la muerte. El mismo se encarga de decirnos que es uno de tantos. Como que viene en auxilio de su prima lejana, otro ángel de la muerte, pero goloso de frutas maduras, que tiene el defecto de construcción —los ángeles no nacen— de quedarse pegado al palo si alguien le prohíbe bajar.

Muchos son los rasgos ticos de este ángel simpático y bonachón. Pero el que lo distingue bien es su preocupación por el uso y abuso del neologismo para darse aires de sabihondo y de técnico, al mismo tiempo que busca frenéticamente dichos y palabras de uso popular, términos

de la lengua vulgar costarricense. Pero ahí no para su interés: ha estudiado también las palabras gruesas de los clásicos y las conoce. Es un ángel con ribetes de lingüista. Pero no le interesa el saber puro, sino la aplicación a troche y moche de tales tecnicismos lingüísticos. Y con esto, viene bien a propósito la intención del autor de darnos al través de su ángel con pujos de economista y de sociólogo, pero que al mismo tiempo maneja diestramente la palabrería tica, su lección sobre nuestra habla y el abuso que hacen los semicultos tecnólogos de un vocabulario generalmente mal traducido del inglés. Al ángel le fascina emplear los tecnicismos aunque a veces no entienda bien su correcto empleo, como le ocurre con *factibilidad*. Le gustan por raros, por resonantes, por esdrújulos, y por el prestigio que le dan a su voz de ángel, como si no tuviera mucha fe en que los sencillos sanluisenos le crean verdaderamente sabio. Trae incluso apuntadas las palabras, como un turista su libreta de frases hechas. Y con esto se desliza otra idea crítica del autor, otro mensaje: ciertos profesionales poco seguros de sí mismos, se dan a enganchar tecnicismos lingüísticos ante el oyente asombrado. Y esto ocurre especialmente en el campo propicio de la enseñanza: yo podría citar muchos casos tragicómicos de esta especie que padecen los estudiantes de nuestras universidades y de la enseñanza media. Y es pecado que cometen principalmente los jóvenes profesores recién egresados de su Facultad, para aterrorizar a los ingenuos adolescentes con la imagen de su sabihondez. Mejor lo hacía aquel profesor joven de mi tiempo que para dar esta misma imagen se dejó crecer un hermoso mostacho.

Rehuir el empleo abundante de neologismos traídos de las ciencias y las técnicas en nuestra lengua dialogal; adoptar el vocabulario sencillo y lleno de "sabrosura" de nuestro pueblo, para ganar en naturalidad. No temer el uso de los términos que el ángel llama malcriados, pero sin exagerar su empleo, que da muestra de plebeyez. Precisamente *Uvieta* es obra en que la plebeyez absoluta está representada en la actitud y el lenguaje de los *Oropéndolas*, que son los pachucos de nuestros barrios bajos. El habla de cada quien es una actitud de espíritu, rasgo del *ethos* personal.

Una lección práctica de lenguaje, entre otras muchas cosas profundas y tiernas, nos trae *Uvieta*, con la ironía, la gracia, el humor que ha logrado darnos a manos llenas Alberto F. Cañas en esta obra, perspicaz y costarricense, como todas las suyas, y quizá la mejor de todas las suyas hasta ahora.